

“El triunfo moral del pueblo”. Denuncias de corrupción y movilización política en Buenos Aires, a fines del siglo XIX

Inés Rojkind

Presentación

El miércoles 6 de agosto de 1890 el presidente de la República Argentina, Miguel Juárez Celman, renunció a su cargo en el marco de una crisis de características inéditas que afectaba directamente la legitimidad del régimen político imperante. La supremacía que el Partido Autonomista Nacional (PAN) detentaba desde hacía una década se había visto sacudida por los conflictos internos que lo dividían y por el surgimiento de una oposición dispuesta a combatirlo incluso por la vía de las armas. Los críticos del gobierno de Juárez Celman le recriminaban la concentración de poder en manos del presidente, la preponderancia del orden y del progreso económico como objetivos de su administración, la ausencia de competencia electoral entre partidos, la manipulación del sufragio y el predominio de una retórica que incitaba a la desmovilización política. La corrupción era el eje central de esas acusaciones. La corrupción administrativa, por un lado, en referencia a las reiteradas denuncias por los gastos desmedidos del gobierno, por el enriquecimiento de los funcionarios, por los negociados alrededor de la adjudicación de obras públicas, etcétera. En el contexto de una feroz crisis económica y financiera que desde el año anterior atravesaba el país, esas acusaciones tenían, evidentemente, un alto impacto. Pero, asimismo, y en realidad con un tono aún más dramático, se le reprochaba al gobierno el haber corrompido, degradado, las instituciones republicanas y los principios establecidos por la Constitución Nacional de 1853 (Alonso 2000a: 78-85, 152-159; Alonso 2000b: 227-231; Botana/Gallo 1997: 35-41; Sabato 2012: 316 y 317). Ante ese panorama la alternativa revolucionaria se impuso y el 26 de julio de 1890 una agrupación denominada Unión Cívica lanzó una rebelión armada en Buenos Aires, capital del país. El levantamiento fue sofocado por las fuerzas gubernamentales, pero a pesar de su fracaso la revolución trajo consecuencias de gran importancia.

Se abrió a partir de entonces una grave crisis política e institucional cuyo signo inmediato fue la renuncia del presidente. Inmerso en un profundo descrédito y jaqueado además por las divisiones dentro del PAN, Miguel Juárez Celman se vio obligado a presentar su dimisión ante la Asamblea Legislativa. Asumió en su lugar el vicepresidente, Carlos Pellegrini, para completar el mandato que finalizaba en 1892, preservando de ese modo la continuidad constitucional (Alonso 2000a: 85-92; Botana 1994: 167).

La noticia de la caída de Juárez Celman fue recibida en la ciudad de Buenos Aires con ruidosas demostraciones populares. La gente se volcó a las calles para festejar. Las crónicas de la época (notas periodísticas y testimonios de los contemporáneos) son coincidentes en ese punto: se celebraba el “triunfo moral” del pueblo sobre un gobierno “corrompido” que había permanecido aislado de la “opinión sana” para satisfacer, en cambio, las ambiciones de un círculo estrecho formado por el presidente y sus “favoritos”. Se proclamaba también el comienzo de una época de “reparación institucional” en la que las nuevas autoridades se encargarían de corregir los “abusos” y “extravíos” cometidos por los juaristas en el poder. No es mi intención en estas páginas acreditar la autenticidad de tales acusaciones. La bibliografía se ha encargado de analizar el estilo de ejercicio del poder que impuso Miguel Juárez Celman desde su llegada a la presidencia, en 1886. Procuró hacerse con el control absoluto del PAN desplazando para ello a potenciales competidores, entre ellos a su antecesor en el cargo, el general Julio A. Roca. Aprovechó asimismo la excepcional bonanza económica que se vivía durante la segunda mitad de la década de 1880 para hacer un uso discrecional y político de los recursos estatales. Con respecto a la oposición, la estrategia del juarismo consistió en menospreciarla y marginarla del centro de la escena política. Todo ello, por otra parte, en el contexto de un régimen que se valía de la manipulación de los comicios para asegurar la hegemonía del grupo gobernante. Ese estado de cosas comenzó a revertirse hacia 1889. Aparecieron los primeros signos de una crisis económica y financiera que a partir de entonces no hizo sino agravarse, se intensificó la resistencia de sectores anti-juaristas dentro del PAN, y la oposición pudo organizarse iniciando una intensa actividad pública que culminó con el lanzamiento de la revolución del 26 de julio de 1890. Sobre todas estas cuestiones, como decía, ha indagado ya la literatura especializada (Alonso 2000a; Alonso 2010; Gerchunof/Rocchi/Rossi 2008). Me interesa realizar aquí una exploración más puntual y, evidentemente, más acotada. El propósito de este capítulo es examinar la manera en que se instaló entre

los contemporáneos (testigos y actores de los acontecimientos de aquellos días) la representación de un triunfo del pueblo sobre el gobierno supuestamente extraviado y corrupto de Juárez Celman. Buscaré mostrar cómo se combinaron discursos, consignas y acciones para moldear la imagen de una victoria moral, es decir, más trascendente y valiosa que el triunfo armado que la revolución no había podido alcanzar. En palabras del diario *La Prensa*: “La acción popular se ha producido al fin, y aunque no haya prevalecido en el terreno de las armas, [...], se ha impuesto al gobierno, lo ha dominado y anonadado, cambiando así la situación del país” (*La Prensa*, 7.8.1890).

El texto está organizado en tres secciones. La primera pone el foco en el análisis del discurso que pronunció el senador Manuel Pizarro en el Congreso Nacional, inmediatamente después de la capitulación de los rebeldes de la Unión Cívica. Esa intervención planteó por primera vez y de manera explícita la necesidad de la renuncia del presidente. El segundo apartado describe el estado de una ciudad, Buenos Aires, sumida en el desconcierto y la inquietud ante el fracaso de la revolución y la impensada crisis política que con ello se había desatado. Las restricciones impuestas a la prensa por el estado de sitio no hacían sino acrecentar la confusión del público, alimentando rumores y especulaciones de todo tipo. Por último, la tercera parte del capítulo muestra el clima de júbilo que se adueñó de la capital del país al conocerse, finalmente, la noticia de la renuncia del presidente. En el transcurso de tan sólo una semana, la derrota de los revolucionarios se transformó en un aclamado triunfo popular. La intención es señalar que en ese contexto por demás excepcional y totalmente impensado hasta poco tiempo atrás, las denuncias formuladas contra el gobierno (y, muy en particular, la denuncia de corrupción que englobaba a todas las demás) sirvieron para ampliar los términos, los límites y los protagonistas de la discusión política. En el marco de un vacío de poder que se acrecentaba hora tras hora, esas acusaciones —que no eran nuevas— cobraron otra dimensión y ayudaron a articular diversos lenguajes políticos: el lenguaje de las sesiones parlamentarias, el de la prensa y el de las manifestaciones callejeras.¹ Se convirtieron en el centro de una “trama argumentativa” (Gayol 2008: 78) que activó la movilización de un público amplio y variado.

1 Acerca de la articulación entre debates parlamentarios, denuncias periodísticas y participación política popular resulta inspirador un trabajo de Pablo Piccato referido a los motines de la deuda inglesa en ciudad de México, en 1884 (Piccato 2003).

“El gobierno está muerto”: la revolución en el Congreso

El 29 de julio la Junta Revolucionaria de la Unión Cívica presentó su rendición. Luego del desarme de las fuerzas rebeldes, el gobierno prometió una amnistía para los insurgentes, entre los que había civiles y militares (Alonso 2000a: 90). Las descripciones de la época resaltan la intranquilidad que se apoderó de los porteños en los momentos que siguieron al fracaso del levantamiento. Se oían todavía en las calles disparos aislados y un inusual silencio comenzaba a apoderarse de la ciudad (Balestra 1986: 148; Ibarguren 1969: 97). En esas circunstancias, la atención se concentró inicialmente en el Congreso Nacional. El miércoles 30 de julio se reunieron (por primera vez desde el estallido de la rebelión) las dos Cámaras del Poder Legislativo. Entre otras cuestiones, los legisladores debían aprobar el decreto de estado de sitio dictado por el Ejecutivo días antes. En Diputados el trámite resultó sencillo y expeditivo. Pero en el Senado las circunstancias fueron diferentes. “A la sesión había concurrido escasa barra, más curiosa que definida; y un pequeño grupo de pueblo se agrupaba silencioso frente al local” (Balestra 1986: 136). No era inusual que las galerías del recinto fueran ocupadas por un público más o menos numeroso, más o menos escandaloso, que presenciaba los debates y que ocasionalmente intervenía para aplaudir o censurar a los oradores. El Congreso funcionaba como un espacio donde los hombres públicos ponían en juego diversas herramientas retóricas con el objetivo de edificar una determinada imagen de sí mismos (Gayol 2008: 99). Los discursos parlamentarios alcanzaban por lo general una considerable repercusión a través de las crónicas que la prensa hacía de las sesiones, pero el propósito de los oradores era asimismo persuadir o conmover a los asistentes ubicados en las galerías. En esta oportunidad, la excitación de la barra se veía potenciada por el carácter marcadamente incierto del escenario político que había dejado la derrota de la revolución. El presidente Juárez Celman era, en teoría, el gran vencedor. Sin embargo, como ya se indicó, emergía de aquella situación profundamente debilitado. Juárez Celman había cometido serios errores en el manejo de la crisis creada por el estallido del alzamiento armado. Había optado por ausentarse de la capital, cediendo el liderazgo al vicepresidente y dejando la represión del movimiento insurgente en manos su ministro de Guerra y de su principal rival dentro del PAN: el general (y en ese momento senador nacional) Julio A. Roca (Alonso 2000a: 91 y 92).

Llegado ese punto, la sesión oficiada en el Senado el miércoles 30 se convirtió en “el golpe de gracia asestado a la bamboleante situación”, porque fue en ese marco que el representante por la provincia de Santa Fe, Manuel Pizarro, pronunció un discurso que tuvo muy alto impacto.² Orador experimentado, Pizarro inició su intervención aclarando que se expresaba “con toda la sinceridad y con toda la efusión del patriotismo” que imponía el delicado momento por el que atravesaba la república. Advirtió, además, que le resultaba muy difícil mantener la calma sabiendo la conmoción que iban a generar sus palabras. Recordó, por otra parte, que luego de pertenecer durante años a las filas del oficialismo, recientemente había optado por tomar distancia del gobierno de Juárez Celman ante la evidencia de que sus políticas estaban llevando al país “por un camino sin salida”. Pero, ¿qué fue lo que en concreto dijo Pizarro? Manifestó, en primer lugar, que aunque reprobaba el recurso a las armas como medio de acción política, no podía, sin embargo, celebrar el triunfo del gobierno sobre el alzamiento de la Unión Cívica. Aquella victoria era “deplorable”, explicó, porque el país se encontraba en un estado de profunda decadencia económica, política y moral. Pizarro trazó un cuadro desolador: “[...] Las finanzas están arruinadas; el crédito público y el privado perdidos; el comercio agonizante; la libertad política suprimida. En una palabra, las instituciones son un montón de escombros como el que acaba de hacer el cañón en nuestras calles”.³ Remarcó, a continuación, la responsabilidad del gobierno frente a ese estado de cosas: “Si el gobierno no es la causa y origen único de todo cuanto al respecto sucede, no puede negarse que hay a lo menos falta de tino, abandono de la cosa pública, cierta especie de impericia ¿qué sé yo?” Pizarro se atrevió a sugerir, incluso, que era la “dominación” ejercida desde el poder el factor que instigaba a los partidos de la oposición a probar el camino de la violencia, el único posible cuando las vías legales se hallaban obstruidas. Sus afirmaciones fueron recibidas con aplausos y vivas por parte de la barra.

Manuel Pizarro había logrado impresionar al auditorio. Un senador oficialista, antiguo correligionario suyo, lo interrumpió para reprocharle —no sin ironía— que estuviera haciendo una “proclama revolucionaria”. Pero Pizarro tenía más para decir. Porque la conclusión que extraía luego

2 *La Nación*, 7 de agosto de 1890. En el mismo sentido se expresaron con posterioridad algunos autores (Guido 1977: 138).

3 *La Nación*, 7 de agosto de 1890. Lo que sigue está tomado de la misma fuente.

de formular aquel diagnóstico lapidario era la necesidad de una solución que pudiera garantizar verdaderamente la pacificación del país. No alcanzaba con medidas de fuerza, se requería –según él– un “gesto patriótico” por parte de las autoridades. “[...] yo vengo en este momento a pedir como medio de pacificar el país, no leyes de estado de sitio, sino la renuncia en masa de los miembros del poder ejecutivo: presidente, vice, ministros y presidente mismo del senado”. El gobierno, argumentaba Pizarro, “es autoridad moral, respeto a las leyes, prestigio en los que mandan y obediencia en los demás”. Y todo ello, afirmaba, había desaparecido; reinaban en su lugar el desprestigio y la impopularidad del elenco gobernante. “La revolución está vencida, pero el gobierno está muerto”, sentenció. La barra estalló nuevamente en ruidosos aplausos. Pizarro se puso de pie, entregó al secretario de la Cámara la renuncia a su banca y abandonó precipitadamente la sala. Aquellos gestos no hicieron, por supuesto, sino subrayar el efecto producido por sus palabras. El ambiente era de mucha efervescencia. “Todos necesitaban comunicarse su pensamiento. Unos exaltaban el coraje, otros la destreza y la oportunidad, y todos el patriotismo y la elocuencia del orador” (Balestra 1986: 142). Por primera vez había sido planteada explícitamente la posibilidad (y, más aún, la conveniencia) de la renuncia del presidente Juárez Celman. Pizarro se había referido a todo el gabinete pero evidentemente el eje de su exhortación pasaba por el pedido de dimisión del primer mandatario. Era un pedido de gran peso político y simbólico, sobre todo teniendo en cuenta el esfuerzo que durante los años previos habían hecho los voceros del juarismo por presentar al presidente y jefe del partido gobernante como aquél que concentraba “todo el poder político en sus manos” (Sabato 2012: 316).

La literatura ha señalado que aquél fue el origen de una auténtica “revolución parlamentaria” que terminó por forzar el alejamiento de Juárez Celman (Guido 1977: 138). El Congreso devino, de hecho, el centro neurálgico de una serie de maniobras y negociaciones que se pusieron en marcha con el objetivo de acelerar la salida del presidente. Mientras la autoridad de Juárez Celman se diluía, sus contendientes en el interior del grupo gobernante pugnaban por hacerse con el control de la situación. Al frente de aquel grupo se encontraban dos figuras de enorme relevancia política: el vicepresidente Pellegrini y el senador Julio A. Roca. Ambos eran dirigentes de primera línea tanto dentro del PAN como en la política nacional. Particularmente Roca había sido el fundador del partido y durante su mandato (1880-1886) se habían sentado las bases de las transformaciones

que atravesaba la Argentina hacia fines del siglo XIX. Al sucederlo en la presidencia, Juárez Celman había procurado minar su influencia y ahora Roca se disponía a recuperarla (Gallo 1997: 52). “Todas las miradas se dirigían hacia el Congreso, [...] en medio de la tribulación general”. Los legisladores se hallaban prácticamente “en asamblea permanente”, se sucedían las reuniones (algunas de ellas secretas) y el edificio era “un hervidero de gente de todas las opiniones” (Balestra 1986: 151 y 154). Por otra parte, los documentos muestran que aquella revolución sin armas que se desarrollaba en el parlamento, tenía también su correlato fuera del recinto, en la prensa y en las calles de la ciudad. En cuanto pudo eludir los controles impuestos por el estado de sitio, la prensa opositora hizo suyos los tópicos centrales del discurso pronunciado por Manuel Pizarro en el Senado. El retrato de un país al borde del descalabro económico y de la descomposición institucional, las recriminaciones contra un gobierno calificado de corrupto, y el reclamo de un renunciamiento patriótico por parte del presidente, no tardaron en transformarse en el motor de una movilización política que llegó por último a las calles de la ciudad.

La ciudad expectante. Prensa, censura y curiosidad pública

Desde el estallido de la revolución continuaba vigente el estado de sitio, pero las restricciones a la circulación de la prensa parecieron comenzar a ceder cuando el 31 de julio *La Nación* y *El Diario*, dos órganos identificados con la oposición al gobierno de Juárez Celman, volvieron a publicarse tras varios días de silencio obligado. *La Nación*, sin embargo, sufrió nuevas medidas de censura luego de incluir en su edición del 1 de agosto la transcripción completa del discurso de Pizarro. La edición fue secuestrada, se quitaron de circulación los ejemplares y la imprenta del diario fue allanada por la policía ordenándose su inmediato desalojo y posterior clausura.⁴ La relación entre prensa y política estaba fuertemente arraigada en Buenos Aires y continuaba siendo en la década de 1890 un rasgo característico del mundo periodístico porteño. Circulaban, por una parte, los diarios políticos en sentido estricto. Es decir, aquellas publicaciones que eran el instrumento del partido o sector político que las financiaba. Dentro de esa categoría entraban *Sud-América* y *La Argentina*, ambos voceros de la

⁴ Puede verse el relato que el diario hizo de aquel evento en su edición del día 7.8.1890.

fracción juarista del PAN. Pero esa forma tradicional de periodismo político coexistía con otras modalidades propias de la acelerada transformación que por esos mismos años experimentaba el campo. *La Nación*, también *La Prensa* y, en un segundo plano, *El Diario*, eran órganos de extensa circulación y de notoria influencia que, siguiendo el ejemplo de la prensa de las grandes capitales y ciudades del mundo, se hallaban embarcados en el proceso de incorporar nuevos formatos estilísticos y nuevas tecnologías. No siempre los diarios más modernos estaban exentos de una determinada filiación partidaria. *La Nación*, por ejemplo, era el portavoz del mitrismo, una agrupación con larga actuación en la vida política porteña y nacional. Pero incluso en ese caso, la aspiración del periódico era seguir el ritmo de las transformaciones y convertirse en algo más que un mero diario político.⁵ Lo que importa subrayar aquí es que los diarios modernos no se privaban de expresar sus opiniones y juicios (generalmente muy críticos del gobierno) ni tampoco de intervenir para moldear a la misma “opinión pública” cuyos intereses afirmaban representar. Es decir que eran actores de relevancia en el escenario político. Más aún, su capacidad de injerencia política se veía potenciada por las nuevas facultades que estaban adquiriendo: la perspectiva de llegar a un público cada vez más amplio y heterogéneo, la disposición para convertir un acontecimiento político en una noticia de alto impacto, la posibilidad de elaborar crónicas detalladas y atractivas de los eventos de actualidad (Alonso 2010: 45-55; Sáitza 1998: 30-38; Zimmermann 1998; Rojkind 2012).

La publicación que *La Nación* hizo del discurso del senador Manuel Pizarro debe ser considerada en ese contexto: el de la actuación política de la prensa. Las campañas de denuncias y acusaciones contra la administración de Juárez Celman habían contribuido en su momento a generar el clima previo al estallido de la revolución de la Unión Cívica, un clima de intensa agitación política. Y ahora, una vez fracasado aquel intento pero ante un gobierno tambaleante, la prensa opositora redoblaba sus embestidas. Siguiendo la línea proyecta por el alegato de Pizarro en el Congreso y a medida que recuperaban la posibilidad de expresarse, los diarios contribuyeron con su prédica a reafirmar la imagen de un gobierno divorciado de la “opinión sana”, que “concentraba sus ambiciones en un círculo precario

5 *La Prensa* era el órgano que lideraba los cambios y que se encontraba a la vanguardia de la modernización periodística. Carecía de una filiación política concreta, pero no ocultaba sus críticas contra el gobierno de Juárez Celman y contra el régimen del PAN, más en general.

que debía llevarle a su ruina, arrastrando los intereses cuantiosos de la Nación” (*La Prensa*, 7.8.1890). Un gobierno, en definitiva, corrupto, arbitrario e irresponsable, que había pretendido independizarse de la vigilancia ejercida por la ciudadanía activa. Decía *La Prensa*, por ejemplo:

La protesta de la opinión fue agrandándose, en la medida de los errores y extravíos del gobierno, hasta representar una fuerza poderosa a incontrastable. [...]

Vencida la revolución en el terreno de los hechos, quedaron subsistiendo las causas que la habían precipitado [...] y el país comprendía que no habíamos llegado al desenlace del drama político, con el fracaso de la revolución. (*La Prensa*, 7.8.1890)

Y por su parte *La Nación* sostuvo que “toda una inmensa trama, toda una aglomeración de elementos oficiales, todo un sometimiento incondicional de los cobijados a la sombra del poder, ha caído con estrépito en la hora inesperada en que su éxito se creía más seguro y más completo” (*La Nación*, 8.8.1890).

Ante el recrudecimiento de los ataques periodísticos, la primera reacción oficial fue —como vimos— echar mano al recurso de la censura que la vigencia del estado de sitio habilitaba. Generalmente, sin embargo, las proscripciones generaban el efecto contrario al buscado, y no fue ésta una excepción. El secuestro de los ejemplares de *La Nación* sólo sirvió para darle mayor trascendencia al discurso de Manuel Pizarro. Su sentencia (“la revolución está vencida, pero el gobierno está muerto”) se difundía velozmente, corriendo “de boca en boca”. Y en simultáneo se propagaban “habladurías y alarmas de todo tipo”: sobre una abrupta subida del precio del oro, sobre supuestos desmanes que cometían bandas de ladrones armados en los suburbios y, cada vez en voz más alta, sobre la inminencia de la renuncia presidencial (Balestra 1986: 149). La ansiedad y la expectativa de la población se incrementaban con el paso de los días.

El diario oficialista *La Argentina* publicó un manifiesto que llevaba la firma del presidente Juárez Celman. El texto objetaba la elección del camino revolucionario que había hecho la Unión Cívica y hacía un llamamiento a la reconciliación entre los argentinos de uno y otro bando. La iniciativa no sirvió para calmar los ánimos, la voz del mandatario no pudo llegar “a sus adversarios ni al país, porque fuera de algunos partidarios del gobierno era común no leer los periódicos oficialistas” (Balestra 1986: 150). A partir de entonces, “la vida normal de la ciudad quedó suspendida

y pendiente de las resoluciones del congreso, de las negociaciones políticas que se hacían y de la confirmación o desmentido de la tan anhelada renuncia”.⁶ Paulatinamente, la gente comenzó a salir a las calles buscando enterarse de las últimas novedades. La avidez de noticias no hacía sino incrementarse. En la Plaza de Mayo y en los alrededores del edificio del Congreso comenzaron a formarse grupos de decenas y luego centenares de personas.⁷ Los manifestantes se abalanzaban sobre los legisladores, asediándolos con preguntas, e interceptaban a los reporteros que cubrían en el lugar las alternativas de la actualidad política. Según las crónicas, “la lluvia y el frío no eran parte a impedir que aumentase [...] esa concurrencia”. Los relatos subrayaban, por un lado, la heterogeneidad de ese público, “personas de todas las clases y todas las condiciones sociales”; hombres y mujeres; publicistas, estudiantes y extranjeros. Pero es posible leer también en esas descripciones, como trasfondo de esa incipiente movilización, la marca que en la sociedad porteña estaba dejando la crisis económica. Se mencionaba la presencia de comerciantes, de gente vinculada con la banca y la Bolsa, de empleados y trabajadores.⁸ La crisis no sólo había producido gran cantidad de quiebras de instituciones bancarias, con el consiguiente desfile de ahorristas súbitamente empobrecidos, sino que asimismo muchos comercios, fábricas y talleres habían tenido que cerrar sus puertas, estando paralizada además la construcción (Suriano 2003).

En el Congreso continuaban realizándose las gestiones para destrabar la crisis política. Juárez Celman había intentado en vano organizar un nuevo gabinete incorporando a representantes de los sectores más moderados de la oposición. El presidente se hallaba acorralado por quienes buscaban su dimisión. Roca y Pellegrini concertaron una serie de entrevistas secretas con legisladores con el objetivo de aislarlo aún más. Mientras esto sucedía en el parlamento, en las calles la concentración de gente fue aumentando hasta formarse una multitud de miles de personas. No se produjeron incidentes de gravedad, pero la tensión estaba latente. Por otra parte, los relatos indicaban que con el transcurso de los días se sumaron otros ac-

6 *La Nación*, 7.8.1890. Son reiteradas las referencias a la impopularidad de la prensa oficialista (Rivero Astengo 1944: 529; Sáenz Hayes 1960: 142).

7 La Plaza de Mayo era (y sigue siendo) el centro cívico y político de Buenos Aires y del país. La Casa de Gobierno y el Congreso se ubicaban en torno a la plaza.

8 *La Nación* y *La Prensa*, 7 y 8.8.1890; *El Diario*, 8.8.1890. Crónicas de las reuniones públicas de esos días se encuentran asimismo en diversos testimonios de la época (Balestra 1986: 159; Landerberger/Conte 1890: 263).

tores: “gente hosca, de lenguaje rudo y aspecto astroso”, a la que no era usual –decían– ver en la Plaza de Mayo manifestándose (Balestra 1986: 165). De nuevo, pueden intuirse detrás de esas presencias inesperadas los estragos causados por la tormenta económica. La desocupación y la pobreza se habían elevado en los últimos meses, y el impacto de ambos flagelos podía percibirse en el paisaje urbano. Pero es asimismo interesante reparar en el análisis que las crónicas hicieron de la aparición de estos actores hasta entonces raramente visibles en la arena política. Esas personas, se afirmaba, ignoraban tanto los pormenores de la crisis política en curso como los vericuetos de las negociaciones que se estaban llevando adelante en las altas esferas del poder para destrabarla. Sin embargo, estaban allí, en la Plaza, porque “tenían hambre y se creían robados” (Balestra 1986: 165). Y por eso también gritaban contra el gobierno, confiando en que sus padecimientos habrían de terminarse con la caída de Juárez Celman. Parece posible afirmar, por lo tanto, que los motivos económicos y políticos tendían a superponerse. Salvar a la república en peligro era salvarse también ellos e implicaba la posibilidad de hacerse escuchar, articulando reclamos y reivindicaciones en el espacio político de la calle.

A esa altura de los acontecimientos, por lo tanto, el tema de la renuncia presidencial parecía haberse instalado en la opinión pública y en la sociedad porteña en general. Pero a pesar de que los rumores se intensificaban hora tras hora, la noticia no terminaba de confirmarse. La agitación en las calles también crecía. Tal como se señaló anteriormente, las descripciones que –por ejemplo– la prensa hacía de la multitud apostada frente al Congreso tendían a remarcar su carácter heterogéneo. Pero no deberíamos perder de vista que, al mismo tiempo, los relatos se esforzaban por subsumir la diversidad de los manifestantes bajo la figura unificadora del pueblo. Y justamente a partir de aquella referencia al pueblo fue cristalizando asimismo la representación de un movimiento del cual la fallida revolución de la Unión Cívica había sido tan sólo “la chispa inicial” (Balestra 1986: 156). Cuando, finalmente, Juárez Celman concretó el miércoles 6 de agosto la elevación de su renuncia al Congreso Nacional, la noticia corrió por toda la ciudad y estallaron entonces sí las celebraciones.

**“Una explosión de júbilo estremeció a Buenos Aires”:
renuncia presidencial y celebraciones callejeras**

Había transcurrido una larga semana de tentativas estériles por sumar los apoyos necesarios para permanecer en el gobierno. Pero la situación era insostenible y el presidente no tenía otra alternativa que dar un paso al costado. Esa misma tarde senadores y diputados se reunieron en Asamblea Legislativa para darle tratamiento formal a la presentación de la renuncia presidencial. El ambiente en el recinto parlamentario era solemne. Se estaba frente a una instancia inédita en la historia institucional del país. La sesión fue dirigida por Julio A. Roca, en su condición de vicepresidente de la Cámara Alta. “Las galerías eran un racimo”. Una de las intervenciones que más agitación causó en el público fue la de Dardo Rocha, senador por la provincia de Buenos Aires. Rocha sostuvo que Miguel Juárez Celman había demostrado su incapacidad para “afrontar los graves y pavorosos problemas que se presentan en la actualidad y cuya solución pone en peligro [...] la integridad de la Patria”. El alejamiento del presidente era, en consecuencia, “una suprema necesidad reclamada por el bien público” (*La Prensa*, 7.8.1890).

La votación no fue unánime pero sí ampliamente favorable a la aceptación de la renuncia. En la Plaza de Mayo se había congregado desde temprano “una numerosa concurrencia, que acudía en busca de las noticias esperadas sobre la renuncia presidencial” (*La Prensa* y *La Nación* 7.8.1890; *El Diario*, 8.8.1890). Según las crónicas, llegaron a juntarse más de seis mil manifestantes. “Las proporciones que iba tomando el concurso del público debió alarmar a las autoridades y hacerles temer algún conflicto”. Vigilantes y bomberos, armados con fusiles Remington, hicieron desalojar el frente del edificio del Congreso, pero no pudieron impedir que los grupos siguieran apostados en las calles adyacentes. Finalmente, pasadas las cinco de la tarde, se confirmó la noticia de que la Asamblea Legislativa había aprobado la dimisión de Juárez Celman. “Poco después la ciudad trepidaba: los rugidos de la plaza se dilataron en un instante por todos los rumbos”. Las calles se convirtieron en el escenario de la celebración por la caída del presidente. Los manifestantes acudieron presurosos a las imprentas de los diarios opositores, para saludarlos. La inquietud y la zozobra de los días previos dieron paso a demostraciones de alegría que prosiguieron ya entrada la noche. El clima era de fiesta:

[...] bombas y cohetes explotaban por todas partes; en los cafés y restaurantes, desiertos durante tantos días, no había sitio para acomodar tanta gente; las casas abrían sus puertas, banderas e iluminaciones asomaban por distintos lados; por do quiera se formaban animados corrillos; y en general la ciudad despertaba alegre y bulliciosa de su letargo anterior.⁹

¿Cómo interpretar esa explosión de júbilo popular y su expresión en las calles de la ciudad? Los análisis que de ello hicieron los propios contemporáneos sugieren algunas pistas. La prensa, por ejemplo, destacó el hecho de que aquel “desborde de vida, alegre y ruidosa”, era una reacción frente a la inercia en que había estado sumergida la vida política de Buenos Aires durante varios años. La ciudad poseía una arraigada cultura de movilización callejera y uso político del espacio público (Sabato 1998), pero los gobiernos del PAN y, en particular, el de Juárez Celman, habían procurado desactivar aquella tradición con la finalidad de garantizar el mantenimiento del orden y evitar cualquier signo de agitación o inestabilidad política. Ahora, se decía, aquella inacción cívica había sido bruscamente reemplazada por “un ansia nunca satisfecha de andar y andar”. En cuanto la renuncia del presidente se confirmó, “todo el mundo se echó a la calle, sin distinción de nacionalidad, de clase, de sexo ni de edades”. (*La Prensa y La Nación*, 7.8.1890). Se procuraba enfatizar también el sentimiento de unidad, de confraternidad, que parecía haber inundado a los porteños. Los extraños se saludaban y se abrazaban, se hacían brindis colectivos, los dueños de los bares invitaban copas y refrescos a los comensales, las señoras arrojaban flores desde los balcones. Las descripciones sugerían, a propósito de ello, que los festejos respondían también a la convicción por parte de los porteños de que habían recuperado la ciudad para sí, luego de desalojar al presidente y a su séquito de colaboradores, originarios todos de la provincia de Córdoba. Gravitaba, por lo tanto, el viejo enfrentamiento entre Buenos Aires y el interior del país.¹⁰ Pero quizás el sentido más relevante que cristalizó en torno a las manifestaciones del 6 de agosto fue la idea, ya varias veces

9 *La Prensa y La Nación* 7.8.1890; *El Diario*, 8.8.1890. Pueden consultarse testimonios de la época sobre las celebraciones del 6 de agosto en las calles de Buenos Aires (Balestra 1986: 174; Ibarguren 1969: 97; Landerberger/Conte 1890: 263; Carrasco 1947: 29; Cárcano 1965: 170).

10 Ese conflicto había atravesado toda la historia política argentina del siglo XIX. En 1880 la ciudad de Buenos Aires había sido federalizada y convertida en capital del país. Pero el antagonismo continuaba vigente y los voceros del juarismo se habían encargado de alimentarlo con su prédica anti-porteña (sobre esto último véase Alonso 2003: 45). Por otra parte, Carlos Pellegrini era un político de Buenos Aires.

mencionada, del triunfo moral conquistado por el pueblo a expensas de un gobierno corrupto. Los editoriales periodísticos insistieron sobre aquel razonamiento en varias oportunidades: “la presencia en el poder del Dr. Juárez Celman, [...], se había hecho imposible. [...] Después de esfuerzos inútiles por resistir ese gran poder moral de la opinión, que había desconocido; [...] tuvo que inclinarse ante ellos, devolviendo al Congreso la autoridad de que en mala hora fue investido”.¹¹ También lo hicieron los oradores a quienes la multitud de manifestantes acudió para requerir su palabra. El senador Aristóbulo del Valle, por ejemplo, habló desde el balcón del local de la Unión Cívica, situado a pocas cuadras de la Plaza de Mayo. “La revolución ha triunfado”, afirmó Del Valle, “la sangre derramada no ha sido estéril” porque “ya no tenemos un Presidente aborrecido por el pueblo”. El público se acercó igualmente hasta la casa de Manuel Pizarro, para felicitarlo y agradecerle por el discurso formulado en el Congreso días atrás. Pizarro “declaró que las ideas que sostuviera en el Senado las había recogido del pueblo, a quien pertenecían”, y convocó a la muchedumbre a seguir celebrando “la reconquista de la libertad de manos del desorden y la corrupción”.¹²

Si, más allá de las palabras escritas o habladas, atendemos al lenguaje político que los manifestantes desplegaron durante las demostraciones, se advierte que la percepción del triunfo estaba también muy presente en consignas y acciones. Resaltan, por un lado, los saludos a la prensa opositora y a figuras de la vida política que podían ser asociadas de manera indudable con la impugnación al gobierno del, para entonces ya, ex presidente Juárez Celman. Como contracara de ello, era justamente la figura del mandatario caído en desgracia la que concentraba el rechazo popular. “Ya se fue, ya se fue, el burrito cordobés. Ya se fue, ya se fue para nunca más volver”. Esta frase, coreada una y otra vez por la multitud, se transformó en la consigna distintiva de las manifestaciones. La revista satírica *El Quijote* había plasmado la caricaturización de Juárez Celman como un burro y aquella imagen traspasaba ahora las páginas del semanario convertida en el lema de la movilización callejera (Román 2011). En su esfuerzo por ridi-

11 *La Prensa*, 7.8.1890. Nociones como “moral”, “regeneración” y otras formaban parte de un complejo y ecléctico clima de ideas que se desarrollaba en Buenos Aires hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX (Terán 2000).

12 *La Prensa*, 7.8.1890. Aristóbulo del Valle era un reconocido dirigente político porteño y había formado parte del grupo fundador de la Unión Cívica, en abril de 1890. En la sesión del 30 de julio renunció, como Pizarro, a su banca en el Senado.

culizarlo, lo que se estaba poniendo en cuestión era tanto su condición de hombre público (la revista lo representaba también como un gobernante déspota que arremetía contra las instituciones y principios de la República) como ciertos aspectos de su vida privada (con alusiones al derroche de gastos, al lujo desmedido, al enriquecimiento). De nuevo, era la acusación de corrupción la que envolvía esas diferentes facetas. Y era la caída del gobernante corrupto (o “corrompido”) lo que se festejaba en las calles. Dijimos ya que operaron seguramente motivaciones de otro tipo, como aquellas directamente vinculadas con los efectos de la crisis económica, pero el cariz político parece haber predominado.

Es necesario tener presente, por otra parte, que el clima de fiesta y las expresiones de alegría continuaron al día siguiente, el jueves 7 de agosto, acompañando el acto de asunción del vicepresidente Carlos Pellegrini, quien se hacía cargo del poder en reemplazo de Juárez Celman. Las calles volvieron a llenarse de gente, y los discursos, los gestos y las acciones que se desplegaron entonces confluyeron para precisar el contenido de las celebraciones. Además del triunfo moral del pueblo, lo que se festejaba ese día era la promesa del comienzo de una nueva era:

[...] el pueblo ha sufrido, ha luchado y triunfado al fin, y ahora vuelve otra vez a abrirse para él una época de reparación y de vida institucional.

[...] Los gobernantes argentinos no se atreverán ya en adelante a marchar contra la opinión pública, a falsear la ley y a pervertir la moral; porque caerán irremisiblemente con la marca indeleble de la ignominia en la frente y de la condenación histórica sobre su nombre. (*La Nación*, 7.8.1890)

La toma de posesión del mando por parte de Pellegrini fue, según todos los relatos, un “acto desbordante”. Una columna de manifestantes lo escoltó desde su domicilio hasta la Plaza de Mayo, donde lo esperaba una multitud:

[...] no sólo en la plaza, sino en las azoteas, en los balcones, encaramados en las ventanas, sobre los coches de los tranvías detenidos para utilizarlos como palcos, en los carros del tráfico, [...] una inmensa muchedumbre, excitada, alegre, bulliciosa, esperaba la llegada del doctor Pellegrini, prorrumpiendo de vez en cuando en expresiones de júbilo. (*La Prensa*, 8.8.1890)

Ante la concurrencia que lo aclamaba, el nuevo presidente ensayó un gesto cargado de simbolismo: ordenó abrir las puertas de la Casa de Gobierno para que el público pudiera ingresar. Durante varias horas, consignan los

relatos, un “inmenso gentío” recorrió los salones del edificio. Los visitantes “iban de un lado al otro, sin cansarse de ver e imaginar”. La intención de Pellegrini parece haber sido inaugurar su gestión trazando un corte abrupto respecto de la de su antecesor. La prensa así lo entendió:

Al lado de distinguidas damas veíase a la modesta mujer del pueblo; al lado de caballeros conocidos en la política y el comercio, el menesteral y el obrero; todos como aguijoneados por la curiosidad, mirándolo todo, deteniéndose para contemplar los adornos, los artesonados, los muebles, sentándose en los sillones de los ministros y de los altos empleados, [...].

[Se trataba] de orear el edificio, abriendo sus puertas a los aires puros de la libertad y ejercitar el pueblo actos de soberano. (*La Prensa*, 8.8.1890)

Pellegrini fue todavía más explícito y reforzó con palabras el sentido de aquel gesto. Se asomó al balcón de la Casa de Gobierno para dirigirse a la muchedumbre reunida en la Plaza de Mayo. Prometió gobernar con “honradez y patriotismo”, buscando siempre el sostén de la opinión pública y respetando, por sobre todas las cosas, lo establecido por la Constitución y las leyes (Ramos Mexía 1936).

De esa manera, aunque su llegada a la presidencia representaba, en realidad, la continuidad del dominio del PAN y del régimen que lo sustentaba, Pellegrini pudo aparecer también como el iniciador de aquella “época de reparación” que los críticos de Juárez Celman reclamaban. El diario *La Nación* afirmaba complacido que “el nuevo presidente de la república ha sabido levantarse a la altura de las circunstancias por que atraviesa el país, interpretando debidamente sus necesidades y sus aspiraciones presentes y futuras” (*La Nación*, 8.8.1890). Pellegrini se hallaba ante la necesidad insoslayable de legitimar su nuevo rol frente a la pesada herencia que significaba el hecho de haber formado parte de un gobierno estigmatizado por las constantes denuncias de corrupción política, económica y administrativa. El discurso de la corrupción había sido, primero, el eje central de las acusaciones contra la gestión de Juárez Celman, luego el motor del movimiento que concluyó con su renuncia y, finalmente, el sustento a partir del cual se construyó la imagen de un triunfo moral del pueblo de Buenos Aires. Caído el juarismo, ese discurso dejaba su lugar a una retórica de la transparencia que, esgrimida desde las más altas esferas del poder, parecía sintonizar con las aspiraciones que el público porteño había expresado en las manifestaciones callejeras de aquellos días.

Conclusión

La apuesta de Pellegrini, sin embargo, no dejaba de ser riesgosa: las promesas generaban expectativas y las expectativas, si no eran satisfechas, podían convertirse en el motor de nuevas protestas. De hecho, el entusiasmo que acompañó su asunción el 7.8.1890 no iba a tardar mucho en disiparse. Las complejidades de la situación política y los problemas económicos condicionaron el desenvolvimiento de su breve gobierno y fueron el patrón dominante por lo menos hasta mediados de la década. La crisis política, en particular, estuvo signada por nuevos desafíos (algunos de ellos armados) que debió enfrentar el PAN y que se vieron potenciados por las divisiones internas que lo recorrían. La brecha abierta por la revolución de julio de 1890 iba a tardar en cerrarse (Botana 1994).

En este capítulo la intención ha sido reconstruir y analizar la dinámica de un momento específico de esa crisis originada por la impugnación revolucionaria del noventa. La rebelión armada había sido sofocada, pero la autoridad del presidente Miguel Juárez Celman se desmoronaba originando en torno suyo un creciente vacío de poder. El foco del análisis estuvo puesto en la semana transcurrida entre la derrota de los revolucionarios y la dimisión del presidente. En gran medida fueron los conflictos dentro del grupo gobernante los que impusieron a Juárez Celman el camino de la renuncia. Pero el desprestigio en el que había caído anclaba asimismo en las fuertes acusaciones que se le hacían a su gobierno y, en particular, a su persona. Se denunciaba la corrupción privada de los funcionarios pero igualmente la decadencia de las instituciones y las tradiciones políticas del país. Esas imputaciones no eran una novedad, la oposición las esgrimía desde hacía tiempo y, de hecho, habían servido para crear el ambiente de agitación previo al lanzamiento por parte de la Unión Cívica de un levantamiento armado. No obstante, me interesó mostrar aquí que en el marco del contexto político por demás incierto engendrado por el fracaso del alzamiento revolucionario, la prédica contra un gobierno supuestamente corrupto (en el sentido amplio del término) operó como el eje articulador de un movimiento de activación política que tuvo diversos escenarios, protagonistas y canales de transmisión.

El discurso que el senador Manuel Pizarro pronunció en el Congreso Nacional el día 30 de julio se convirtió en el puntapié inicial de aquel movimiento. Pizarro alzó su voz disidente dentro del oficialismo para describir la situación de descalabro económico, financiero y, principalmente,

político-institucional en la que, desde su perspectiva y la de muchos otros, se encontraba el país. Advirtió que la patria estaba en peligro y señaló a la gestión juarista como responsable de aquella catástrofe. Pizarro explicitó una caracterización del gobierno en la que el despotismo político se combinaba con el uso arbitrario de los fondos públicos y con la ineficacia de la administración en casi todos los niveles. Pero el verdadero impacto de su intervención surgió a partir del llamamiento que efectuó para que el presidente, en un gesto postrero de patriotismo, renunciara al cargo que ostentaba. El gobierno, según Pizarro, estaba muerto. El discurso de Pizarro tuvo fuertes repercusiones en el recinto pero también fuera de él. Llegó primero al periodismo, a través de la publicación que hizo el diario *La Nación* y que le valió la censura gubernamental. La prensa era un actor político de relevancia en Buenos Aires. En este caso, y a pesar de las restricciones que imponía el estado de sitio, los diarios intervinieron para reforzar la imagen de un gobierno corrupto, despótico e ineficiente que Pizarro había proyectado en el escenario del parlamento. La prensa opositora subrayó el divorcio entre la opinión y un presidente preocupado tan sólo por promover los intereses de una camarilla de funcionarios adictos. El aislamiento del poder era, desde esa perspectiva, un problema muy serio porque implicaba la ausencia de límites y de controles que la ciudadanía pudiera ejercer sobre la clase dirigente. La prensa contribuyó asimismo a fijar la imagen del triunfo moral que entrañaba la forzada renuncia de Miguel Juárez Celman (Hirsch 2013). Era una victoria moral porque trascendía el fracaso de la revolución en el terreno de las armas, pero lo era también porque –se decía– inauguraba una nueva época de reparación para la república. La noción del triunfo impregnó las demostraciones populares que se produjeron en la ciudad de Buenos Aires para celebrar la caída de Juárez Celman. En el espacio político de la calle, confluyeron los múltiples tópicos, consignas y sentidos que habían circulado a lo largo de aquellos días. El lenguaje de la acción que los manifestantes pusieron en juego indicó cuáles eran los blancos de la simpatía o, por el contrario, del repudio popular. Las motivaciones en uno y otro caso podían variar (los efectos de la crisis económica, la necesidad de expresarse y hacerse oír, incluso el sentimiento de identidad porteña), pero el significado político de las manifestaciones era innegable. La ciudad era una fiesta porque el presidente “corrompido y aborrecido” había tenido que renunciar. En ese marco, por otra parte, la jura como nuevo mandatario del vicepresidente Carlos Pellegrini pudo ser saludada y festejada como un corte respecto de la gestión juarista (de la cual, obviamente, él había

formado parte) y como el anuncio de una nueva etapa política e institucional. Pellegrini, en tanto, se encargó de reforzar esa representación con gestos, palabras y promesas.

La exhortación a la renuncia del presidente Juárez Celman, en primer lugar, y, luego, cuando esa renuncia efectivamente se produjo, el festejo por el triunfo moral que el pueblo había conquistado, funcionaron como los fundamentos de una amplia y espontánea movilización política que se activó en Buenos Aires durante aquellos días de fines de julio y comienzos de agosto de 1890. Hacia atrás, esa movilización implicaba ensanchar los términos habituales de la discusión política, recuperar espacios e incorporar nuevos actores, desafiando con ello la preeminencia del principio de orden que defendía el grupo gobernante. Hacia adelante, se adivinaba el resquebrajamiento de la legitimidad del régimen político imperante así como la fragmentación de un escenario político hasta entonces dominado por el PAN. Se avecinaban nuevos conflictos y protestas más intensas.

Bibliografía

- ALONSO, Paula (2000a): *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2000b): “La Unión Cívica Radical: fundación, oposición y triunfo (1890-1916)”. En: Lobato, Mirta (dir.): *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 209-269.
- (2003): “*La Tribuna Nacional, Sud-América* y la legitimación del poder (1880-1890)”. En: *Entrepasados. Revista de Historia*, 24/25, pp. 29-66.
- (2010): *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Edhasa.
- BALESTRA, Juan (1986): *El Noventa. Una evolución política argentina*. Buenos Aires: La Facultad.
- BOTANA, Natalio (1994): *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BOTANA, Natalio/GALLO, Ezequiel (1997): *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel.
- CÁRCANO, Ramón (1965): *Mis primeros ochenta años*. Buenos Aires: Pampa y Cielo.
- CARRASCO, Ángel (1947): *Lo que yo vi del 80: Hombres y episodios de la transformación nacional*. Buenos Aires.
- GALLO, Ezequiel (1997): *Carlos Pellegrini. Orden y reforma*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- GAYOL, Sandra (2008): *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GERCHUNOFF, Pablo/ROCCHI, Fernando/ROSSI, Gastón (2008): *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*. Buenos Aires: Edhasa.
- GUIDO, Horacio (1977): *Secuelas del Unicato: 1890-1896*. Buenos Aires: La Bastilla.
- HIRSCH, Leonardo (2013): “‘Prensa independiente’ y crítica moral al juarismo (1889-1890)”. En: *Estudios Sociales*, 44, pp. 73-100.
- IBARGUREN, Carlos (1969): *La historia que he vivido*. Buenos Aires: EUDEBA.
- LANDERBERGER, J. W./CONTE, M. (1890): *Origen, organización y tendencias de la Unión Cívica*. Buenos Aires: Imprenta Coni.
- PICCATO, Pablo (2003): “‘El populacho’ y la opinión pública: debates y motines sobre la deuda inglesa de 1884”. En: Connaughton, Brian (coord.): *Poder y legitimidad en México en el siglo XIX. Instituciones y cultura política*. México, D.F.: UAM-Porrúa, pp. 531-579.
- RAMOS MEXÍA, Ezequiel (1936): *Mis memorias. 1853-1935*. Buenos Aires: La Facultad.
- RIVERO ASTENGO, Agustín (1944): *Juárez Celman, 1844-1909: estudio histórico y documentado de una época argentina*. Buenos Aires: Kraft.
- ROJKIND, Inés (2012): “‘El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos’”. En: *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 84, pp. 98-123.
- ROMÁN, Claudia (2011): “*Don Quijote* (1884-1902): la prensa satírica, entre el público y el pueblo”. Ponencia inédita.
- SABATO, Hilda (1998): *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2012): *Historia de la Argentina, 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SÁENZ HAYES, Ricardo (1960): *Ramón J. Cárcano: en las letras, el gobierno y la diplomacia. 1860-1946*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- SAÍTTA, Sylvia (1998): *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SURIANO, Juan (2003): “La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo”. En: *Entrepasados. Revista de Historia*, 24/25, pp. 101-124.
- TERÁN, Oscar (2000): *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de siglo (1880-1910). Derivas de la ‘cultura científica’*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1998): “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano”. En: *Estudios Sociales* 15, pp. 45-70.